

■

«DESVELO IMPACIENTE», Cuentos por *Virginia Cox*

A veces una simple anécdota en las manos de un artista verdadero, puede ser transformada en un excelente cuento, en un relato vivo, gracioso, chispeante de ingenio y humedecido por esa emoción que surge de lo íntimo como un cálido resplandor. Era lo que con frecuencia le ocurría a Maupassant. Su magia narrativa que acaso no ha sido superada, tenía como un relámpago la virtud de alumbrar aquello en que estribaba el interés del relato, sugiriendo lo demás en frases fulgurantes en que asomaba el milagro de su genio creador. Sus cuentos atraían desde la primera línea, porque inmediatamente asomaba en ellos la vida con su drama o con su alegría, sin que hubiera demasiado que esperar para experimentar el goce estético, la comunicación efusiva, que se establece entre el autor y el lector.

Se dirá, y acaso para ello habrá mil razones que apoyen esa opinión, que el arte es un sentimiento muy personal y que el artista sólo debe guiarse por lo que su sensibilidad le remueve en lo interno, sin hacerle concesiones a nadie. Esto muestra a un temperamento definido y su fisonomía estética. Mas, todos los hechos en el rodar de la vida tienen una limitación, un signo diferenciado, en el cual se advierte que en toda actividad humana hay un anhelo de agradar, de imponer un gusto, una doctrina, quien sabe si hasta una manía, porque ello produce ese placer humano que nos aleja de la soledad. Y esto no es difícil explicarlo, porque la condición del hombre no es la del lobo es-

tépario que aúlla en el ámbito desierto que lo rodea. La literatura es arte comunicativo. El novelista se vale de sus personajes para conferirles algo de su propio yo. Aun aquellos que desarrollan teorías de cualquiera índole están pensando en lo que desean, en lo que guardan en lo recóndito. Cuando Hermann Hesse, por ejemplo, hace discutir a Narciso y Golumundo, está como padre y creador en ambos personajes. Pero seguramente, hará prevalecer las ideas que tienen mayor afinidad con él, con las que rigen su vida y por las cuales quisiera llevar adelante su destino. El arte verdadero no nace de un afán de producir asombro, sino de transmutar a la realidad aquello que se sueña o se desea intensamente. Y también contradiciendo eso mismo, para que del contraste estalle, con vivo relieve, la realidad que no concede nada en su trayectoria. Bien sabemos que la vida es más complicada, más caprichosa, más sorpresiva y absurda que la que se cuenta en las novelas. Y es por eso que éstas sólo respiran y viven cuando reflejan aquello que en latidos intensos pasó por el corazón del autor.

* * *

Siempre que se escribe sobre un libro, es bueno divagar un poco para estimular al autor a leer lo que se opina acerca de su obra. Es posible también que el comentarista corra el riesgo de que el autor se salte esas divagaciones para ir al grano. Y no seguimos por este camino, pues a juzgar por el título, Virginia Cox debe ser una lectora impaciente, ansiosa de saber qué piensan sus lectores acerca de su libro, que nos revela a una escritora moderna, a una mujer de deli-

cados matices sensibles que nos habla en un lenguaje lleno de resonancias interiores. En un idioma genuinamente femenino, si tal se puede decir, en el que las sensaciones que se experimentan en la corriente de la sangre, no se deforman en vagos eufemismos, ni evaden esa verdad íntima, dulce y honda, que rebulle en lo misterioso de todo ser humano.

Se ha hablado tanto en este sentido, que no es difícil que se incurra en parecidas opiniones, al pretender que la mujer no use de su libre albedrío para contar, para traducir lo que siente, en la forma más auténticamente expresiva que se pueda. A veces problemas de ambiente familiar, colocan vallas que es casi imposible salvar, cuando una mujer que está en ese caso, pretende expresar sin embages su mensaje, su secreto, su concepto de la vida, acaso su grito de rebeldía, ante aquello que la encierra entre altos muros de incomprensión, en el cual su espíritu y sus sueños se sienten opresos.

* * *

Nos parece que Virginia Cox se apoyó en la garrocha de sus inquietudes artísticas, en su sueño de belleza y saltó el muro, en que más de un jirón de coloniales sombras le interceptaba el paso. Y entonces cuenta con alegre desenfado, con gozosa plenitud, con entusiasmo de pájaro que se encumbra por el espacio dilatado, para dejar caer su collar de notas que se van desgranando sin inquietudes, sin temores, sin puntitos suspensivos. Sólo haciendo oír la voz de su corazón. La melodía interior de su alma de mujer.

Jamás se atreve a transgredir ciertos principios, no de moral pero si de buen gusto. Tiene el instinto del

equilibrio y como en una rara armonía interior, nos pone rápidamente frente a sus personajes. Va con decisión al encuentro de su objetivo. Su lente no disimula los relieves y con un sentido de medida que no obsta su apresurada ansiedad, expresa su sentimiento, con gracia y amenidad, en una efusiva corriente de comunicación con el lector. Sus métodos de rápida ejecución evitan largas disquisiciones, en una acción directa y sugerente. Ello nos hizo recordar a Maupassant y su técnica de trazo rápido, fulgurante.

Uno se queda pensando en las transformaciones que la vida moderna ha ejercido sobre estas mujeres chilenas de hoy, que no se envuelven en el manto que les daba una apariencia casi monástica y con sus largos vestidos como era la moda de comienzos del siglo. En el verano las vemos con los brazos desnudos y las faldas que dejan ver las piernas. Que lejos estamos de aquel tiempo, cuando en las zarzuelas se cantaba: «la falda corta permite ver hasta el tobillo de una mujer». Y, sin embargo, en todo esto no hay nada que atente al pudor, a la gracia y al recato. Es una nueva forma de vivir. Un sentido que está más cerca de la alegría y de la belleza. Más próximo a la juventud y al encantamiento que debe desprenderse como un efluvio de una mujer.

Y a uno le parece que esa mayor sinceridad para mostrarse en lo físico, corresponde en la literatura femenina a la lealtad consigo misma que debe tener el artista ansioso de infundirle a su creación, su verdad. En las páginas del primer cuento del libro de Virginia Cox se advierte ese anhelo de entregarle a su ficción novelesca las palpitaciones más íntimas de una vida. La conmoción y el arrebató del amor que embellece la condición humana.

Seguramente los críticos señalarán las fallas que puede tener la obra de nuestra autora. A nosotros, lectores, sólo nos corresponde saludar su esfuerzo con las palabras cordiales y estimuladoras del compañero en el oficio. Mas no se entienda en esto, que sean meras palabras de fórmula. No, de ningún modo. Porque hay en Virginia Cox un fuerte y definido temperamento de escritora. Cuenta con soltura, con flúida amenidad y sus narraciones están humedecidas por una auténtica emoción. Por una simpatía humana que en el relato es flor de sinceridad y de exquisito temblor femenino.

* * *

Mr. Herbert y doña Carlina son personajes observados con pupila certera. Son de esos seres que jamás se conformarán a nuestras inquietudes, a la manera con que la gente sensible reacciona ante los problemas de la vida y de la muerte. En Genoveva encontramos a la sensitiva, a la mujer a quien el amor sacude como a un arbolillo expuesto a los rigores de la tempestad. Es una nota sentimental muy bien lograda. Sólo quienes han amado intensamente pueden expresar esa aguda tristeza que causan las trizaduras del sentimiento. Y en esa doña Luz hecha con rápidos trazos, para reflejar, acaso mejor, la superficialidad de los seres que sólo viven para la vanidad, surge nítida la nota un tanto grotesca del arrivismo social. En Sonia está la muchacha frívola de la clase alta, que ama los halagos y gusta de tener muchos adoradores. Resultan seres de carne y hueso arrancados de una realidad que se ha visto y se ha observado de cerca.

«Desvelo Impaciente», nos revela a una escritora en cuya sangre florece el claro linaje de una auténtica artista.—L. D.



«CUENTOS DE VIENTO Y AGUA», por *Juan Marín*—Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1949. 235 págs.

El diplomático chileno Juan Marín nos envió desde New Delhi esta edición de catorce cuentos suyos, en los cuales encontramos soberbiamente descritas algunas de sus innumerables andanzas de médico, de poeta, de aviador, de psiquiatra, de militar, de hombre de letras, etc. A través de estos relatos palpitantes de vida se refleja algo de la personalidad multifacética y casi renacentista de su autor. Algunos de estos cuentos tienen lugar en la América cuyos caminos Marín ha recorrido tantas veces; otros pintan la vida de las grandes capitales europeas; algunos tienen el encanto trágico de las narraciones del Lejano Oriente. Pero en todos encontramos la misma preocupación fundamental por los problemas humanos, la misma agudeza de observación, la misma maestría de la descripción y del estilo. También se observa a través del desfile de figuras convulsionadas casi siempre por la tragedia, la sincera y onda preocupación social, la sed de justicia, el sentimiento de fraternidad humana del autor.

La literatura latinoamericana de los últimos años ha tenido un florecimiento extraordinario en el género cuento, en el cual alcanzó la plenitud con Tomás Carrasquilla. Es posible afirmar que este género literario es en cierta manera el más adaptado a la personalidad